

RÉQUIEM

DE LA DAMA DE CASIRO

Sonia Domingo A.



mirahadas

CAPÍTULO 1

EL LUGAR

Sujeto con fuerza la parte de la sombra que siento aún en mi permanencia; acompáñenme a descubrir cuánto mito o realidad guarda mi pequeña decadencia. Creo que no me presenté. Mi nombre es Kassia; lo sé, poco frecuente, y que significa esperanza.

Adhiero con fuerza mis dolidos pies, repletos de peso. El lodo rodea la suela, de kilómetros y pasos acelerados, sin rumbo preciso, sin más frontera que correr. Allí estoy con nombre de creencia, buscando a la carrera, la manera de cerrar con candados lo terrible del pasado; joven dispuesta a comenzar un nacimiento total frecuentemente enfrentada a la torpeza de querer volver, de cerrar puertas, de olvidar lo que jamás ni de lejos pude elegir. Acercándome al desconocido lugar, un abreviado letrero con rótulo viejo, del que puedo distinguir:

¿HUESTE DE ÁNIMAS? LA MALDICIÓN SE HALLA DENTRO DE
LA OSCURIDAD.

No acierto a comprender, ni puedo leer más del rótulo que continúa en pie.

La humedecida arena rodea el camino, pedregoso, escondido del mundano bullicio, de las ruidosas y mareantes ciudades; ese tortuoso y complejo desfiladero sosteniendo pisadas aceleradas, neumáticos hundidos por el fango tras una tormenta, por breve que fuera, retorcido camino entre maleza y árboles ensombrecidos, colocados con la virtuosidad de no lograr vislumbrar, las manos que, fieles, sujetan duermevelas de las tinieblas, sombra oscura, desvirtuada y mística, frustrante la realidad de los amaneceres, ricas en plegarias vacías de esperanza, sin ocultar la antesala de los pecados, mordiendo las pesadillas en el caldero, de la mente despreciada, fúnebre en palabras hechas de virtuosidad doliente y moribundo el encuentro de la desolación, de los caminos que conducen a la eterna frialdad, la entumecida soledad, desterrando desde el principio de los tiempos, en los vagones que amortajan la amarga existencia, de los condenados al lloro.

Acobardo mi latido y guardo la acelerada respiración; noto rareza en el ambiente, un olor poco frecuente. Me doy enseguida cuenta de que he de salir de esa fragosidad de oscura pena. De niña escuché historias que creo están

cerniéndose sobre mis certeras palabras que procuraban sabiduría. Nunca pensé estar dentro del mito de la creación o encuentro, y a lo lejos del temible silencio, con la brisa del cansino viento, voces de ultratumba mecen la canción del castigo que te condena, el canto de los guardianes, de las almas errantes.

No acierto a creerlo, estoy contemplando a lo lejos el paso fúnebre; ese, que siendo pequeña me hacían llegar en forma de cuento, allí en el más oscuro de los silencios; ante mí, completamente desnudo por el miedo, está «la santa compañía», la mitología o leyenda más fantástica y aterradora de nuestros pequeños pueblos; algunas aldeas que el tiempo ha borrado en carreteras muertas.



Dice la historia que son aparecidos que portan ánimas en pena, y que verlos o aceptar alguna cosa de ellos, puede suponer regalarles tu alma errante y tendrás que cumplir

una pena impuesta por la autoridad del más allá. Tus pecados, tus ofensas, se reducirán a portar una cruz a cuestas, quizás durante toda una eternidad.

La santa compañía es el abrigo de almas que vagan en el purgatorio de sus hazañas, con un fin determinado: hacen salir a una persona viva, en el apercibimiento de acompañarlos en su largo viaje, andando con la desnudez de pies descalzos, por todos los lugares que en una noche sea capaz de recorrer.

Se cuenta que a la mañana siguiente al suceso, esta persona no recordará nada de lo sucedido, ni tan siquiera tendrá rasguños en sus cansados pies. Cada difunto lleva una vela junto a una cruz y un caldero, y el olor en el ambiente claramente son las velas que arden; pueden ser un grupo reducido de tristes almas castigadas, o pasar de la veintena. La cuestión es que ante mis perturbados intentos de no querer creerlo, les tenía allí, justo en un camino, que se antojaba difícil y desierto. Comencé a recordar aquello que me contaban siendo una metáfora para coger miedos, y agaché todo mi cuerpo, abracé mis pensamientos ocultándoles el miedo, y como bien pude, me escondí dentro de algo que parecía un círculo tembloroso, dibujado con una rama que tenía fuertemente agarrada.

En otra de las variantes, y son muchos sus nombres, dicen que dos jinetes fantasmales pasan por la madrugada y causan el pánico, pues su leyenda mística habla

de que quien los logra ver, podría yacer o estar muerto. Me hablaban para infundirme ese miedo y me marchara a la cama, en mis noches de niña inquieta de que había una mujer que vagaba los caminos y cementerios, que no podías encontrarle su rostro, y que desprendía ese olor a humedades de sepulcro añejo. Decían que solo se le aparecía al que iba a fallecer en pocos minutos o días. Me contaban tantas leyendas que yo, por no oírlas dormida, prendía mis noches. Lo que jamás supuse fue, estar dentro de la mitología viva, encontrarme en el sendero mismo con algo extraño, raro y, sin ninguna duda, maléfico. Con esos cargados ropajes, túnicas que acompañan alabanzas y sonoras campanas, yo escondida incluso de mi respiración, solo pretendía salir de aquel siniestro rincón que con toda la certeza podía ser mi adiós.

Ahora entiendo el viejo y gastado cartel sostenido casi por la casualidad de los vértigos que da el lugar; anunciaba que podrían ser visibles ciertas apariciones, como ver deambular ánimas o escuchar evocaciones, que con el paso de los tiempos todos aseguraban que eran fabulaciones o cuentos.

Por fin algo tenía claro, desde que salí a recorrer sin más equipaje que mis ganas de aprender, buscar un empleo y seducir algún encuentro que me hiciera de nuevo vivir, alejarme de tantos salmos convertidos en temores encarcelados, a esos recuerdos que castigan los sacramen-

tos de los infiernos rotos, plagados en mentiras derretidas de labios empobrecidos, escupiendo los vómitos del olvido; decidí a pie correr del fracaso continuo y asistido, pero sin saber muy bien dónde se hallaba mi cuerpo, pero sí mi estupidez enojada.

Cada vez más cerca, cada sonora rima se aproxima a mi acechada vida, y dicen entre rezos, rosarios y alabanzas, todos en la misma métrica musical, sin alterar su tonalidad, manteniendo el mismo compás, desfilan en busca del alma que purgara sus pasos en comitiva, portando el caldero que sostiene todos sus malos pecados, agazapada en mi presencia, callada estoy dentro de una verdad camuflada.

A la de una, abriga tu desvergüenza; a la de dos, estoy llegando a tu puerta; a la de tres, mis hermanos fuera esperan; a la de cuatro, mi luz tu estancia llena; a la de cinco, no tienes camino; a la de seis, delante mío estarás; a la de siete, portando la cruz irás; a la de ocho, tu alma condenada a vagar.

Es el tremendo cántico del despliegue encendido de cera, alumbrando la espesa nube que rodea sus túnicas negras acompañados por un ataúd en sus brazos; siguen bailando las luces, siguen entonando su solemne alabanza acompañada de salmos sobre rosarios, con el que suena una célebre campanilla, reanuda el cortejo la marcha.

Si ansia oírás en sus palabras, hambre en su mente reclama, rodeados de mitos rotos por la desolación, que

guardan esos frondosos matorrales, que todo lo esconden tras la sucesión. Observo una verja sostenida por alambre en los laterales; sin pensar, abro la puerta con forjamentos de hierro tan macizo como antiguo, con dibujos ilustrativos de quien a fuego cultivaba la majestuosidad del oficio artesanal. Estoy rodeada de miedo, esas voces que no cesan en su cántico desordenado. Necesito esconderme, sin lapidar un solo minuto he de salir del sendero, conservo la esperanza de encontrar, donde pueda desempaquetar todo el desasosiego, donde pueda ahogar la culpa de tanto miedo.

Esa perpetua niebla, albinos pies rodean el lugar buscando no ser el próximo dueño en portar esa cruz poderosa que reclama el purgar tu intimidad, carente de luminosidad; sendero, donde una enorme pendiente rodea esa tierra de vegetación escasa, solo hojas, con formas muy abstractas, balancean sus ramas frondosas de enormes dibujos, rodean tantos arbustos antiguos y desconocidos casi diseñados para tal, siniestro rincón, que te dirige al glamuroso y enorme lugar. Un cartel con las palabras «*genti de muerti*», creencia de leyenda aparecidos que acompañan al terror más escondido, que disfraza mi silencio, merma mis ideas, desorienta y perturba mi ajado pulso y libera el olor de la carne asustada, pudriendo fatigados los recuerdos, de malvadas entrañas que nacen dentro de los infiernos de esas tierras pisadas, por los hambrientos pies del que

ante ustedes solo desea entender, tan necesario dolor, helor que recorre, entumece los primarios pensamientos, pavor a no alcanzar a esconderme, perdiendo momentáneamente mi contacto; ese, que reúne la sensibilidad de mi cuerpo, ante el desfile que acontece a las doce justamente, de los anocheceres oscuros y desolados, cerca de camposantos, conjurando los rezos y plegarias paganas. Yo, al encuentro, sujeto mi vacía barriga, y con el miedo a no ser desenmascarada, porque el próximo óbito cerca se encuentra.

Entre desespero y visión torpe intento tantear el terreno con poca destreza de lograr enfocar bien, pero a lo lejos voy dirigiendo mi agotamiento. Vislumbro algo parecido a un alojamiento o mansión antigua donde podría encontrar calma a mi agitado respirar.

Con una triste mochila cargué todas mis pertenencias Salí de la nada, nacida en cualquier extraño lugar, sin vista a la posibilidad de ser rescatada, sudorosa de caminar hambrienta y deshidratada, tras correr, andar y trepar por montañas sedosas, caminos desérticos, y frondosidad oscura, doy sombra al paso continuado formando siluetas, a los caminos tan necesitados de vida, en kilómetros.

La senda cruzada por pasadizos de hojas que dificultan, ver más allá, un horizonte cerca; allí, sentada al frío de una piedra inquieta soy una joven cargada de miedos aterrada de recuerdos y fatigada por el olvido, que me han hecho andar, sin contemplar las pisadas, alejarme de mí

misma sin ser observada, desfilan de los intentos de huir de quienes nunca dan la opción. Son trepidantes dictadores de fúnebres ideas; allí, en aquel bosque donde los anocheceres son largos, fríos y eternos, arrastrando los pies voy sujetando las ramas para evitar caer: el cansancio y la fatiga del que nada tiene que perder, alzando la mirada allá en lo alto de un montículo espeso sin mucha niebla, creo haber visto el destello de la luz de algo que, o está en la carretera o se aproxima.

Al encuentro de una luz despierta mi aturrido pensamiento.

—Hola —Escucho con voz suave muy cerca de mí y no alcanza mi visión a ver a nadie, de nuevo escucho—: Me llamo Leviatán, sube, te acercaré al único hospedaje del lugar.

Ante mí un hombre de definición extraña, mirada intensamente aislada, ojos tan negros como la noche y unas manos que avanzan, en su antojo a ser demasiado grandes, para un susurro incandescente de voz, quizás era mi yo, que apenas me podía sostener, o mi mente que la fatiga no lograba que mis ojos pudieran focalizar bien lo que creí ver, con valor, miedo y pudor.

Allí, al encuentro de dos caminos que, según dijo, conducían a un mismo destino, de pronto ese cántico y justo frente a frente un hueso levitando un cirio encendido blanco y un pequeño portando tal siniestro cortejo. Cerré

mi mente, mis ojos, mi cuerpo y me abracé al extraño sujeto. Monté en una moto algo antigua y nos perdimos entre una increíble y densa niebla, y de pronto aquel inmenso hostel donde podría tener alojamiento.

Un refugio, que sostiene incansable sólidas paredes, como viejas hojas perennes, rodean el espacio que yace, sin ninguna vida, que no sea atormentada y perseguida, bien sujetas a ladrillos perfectamente organizados, sustentando formas irregulares, vive abrigando el deseo de otros, cobijando las desvergüenzas ajenas, guardando misterios y ocultando vagones, llenos de miedo, columnas infranqueables, altivas, conteniendo una, edificación totalmente artesanal, deja lucir la permanencia del tiempo, la inmensa fortaleza que parece esconder el escaparate que roba la distracción de las jóvenes almas que al lugar, se desplazan; aloja toda clase de perversión, ritos y sueños maléficos, esos muros, de apariencia inquietante con desconchones, dibujos pintados pacientemente a mano por algún arquitecto, de sueños pragmáticos, que nada dejan ver, semi desgastados, que seducen dando refugio de la humedad que acrecienta la lejanía de días simpáticos, soleados y luminosos, esos arbustos están colocados de tal manera que apenas un rayito de sol se cuela.

El frío intenso que con acierto desvela qué estación estamos viviendo, esa ácida y creciente humedad que atropella y entumece los huesos, marchita la piel y encadena

la risa; donde termina el trayecto alguien parece aguardar nuestro encuentro. Llegaste en compañía, no perdáis tiempo, se acerca una ventisca.

Sube con impaciencia el fiel y robusto Catriel, la ladera donde encontrar a la flamante y única sonrisa del lugar, simpática, alta y esbelta mujer, con esos finos tacones de aguja, ese perfume sofisticado, sus uñas largas y acentuadas, y esa voz que no habla, solo susurra, el desencadenamiento de sus palabras.

Una mujer altiva y en apariencia inmaculada que podría seducir a cualquiera que a su vera topara. Margaret, con esa sublime educación, permanente risa en sus labios acelerados y pulso cansado de tanto humo tragado, viajera de espectáculos, algunos por los años olvidados, siempre magníficamente organizada con esa agenda planificada al milímetro donde poder esconder pasajes que el mundo no debe saber. Margaret, más conocida como «Margot», dueña de aquel imperio aterrador donde los caminos tortuosos y algunas veces densos de niebla, conducen al más cruel de los espectáculos donde ninguna mente podría viajar al inimaginable desacierto de llegar, su lacia y sedosa melena, su mirada oscura, sujeta los misterios que guarda ampliamente su boca, y sus manos con dedos largos, lucen suculentos colores que reposan en sus preciosas uñas de esmaltes rojos pasión, combinados a menudo con la oscuridad del negro.

En algún lugar cercano al parecido de cualquier aldea, reunida en el misterio lo trascendental Y el misticismo alejado de los caminos del ruido y poderes establecidos, comienza” Villa dormida”, la gran mansión que hospeda a los huéspedes que reúnen de miedo sus días, sus vidas son auténticas torturas al sometimiento extremo. muchos de los acontecimiento vividos son reales, misterios que nos ocultan los guardianes de la actualidad más poética. Lo mas aterrador del pensar es profundizar en los miedos de las mentes inquietas, del que desarrolla parte de su cabeza, lo más complicado es hallar respuestas, cuando alguien decide amputar los signos e interrogaciones recortar. Resumiendo, leyenda apócrifa mitos o realidades, sostenidas a lo largo de siglos, y ocultaciones transcendentales y pragmáticos pinceles y escribanos que nos contaron sus verdades en formas dibujos y colores. (En el relato se cuenta con La Santa Compañía, La herejía , EL Martillo de brujas, y el horror a lo desconocido lo pagano y la brujería.

Encuentra mas obras de Sonia domingo en su web.

<https://soniadomingo.com/>



La escritora Sonia Domingo siempre comprometida con las causas sociales, los derechos humanos y LGTBQ.

